

Alessandra Olivi:

LA POLÍTICA DE LOS LUGARES: PRÁCTICAS DE RESISTENCIA EN LA CIUDAD CONTEMPORÁNEA

Comunicación presentada en el marco de las jornadas ***Sobre capital y territorio III (de la naturaleza de la economía política... y de los comunes)***. Estas jornadas forman parte del proyecto **Sobre capital y territorio** incluido dentro del programa de **UNIA arteypensamiento**

LA POLÍTICA DE LOS LUGARES: PRÁCTICAS DE RESISTENCIA EN LA CIUDAD CONTEMPORÁNEA.

Alessandra Olivi
aolivi@us.es

1. La ciudad neoliberal.

El proyecto económico neoliberal ha necesitado y sigue necesitando de las ciudades como precondition para la creación y el mantenimiento de redes económicas globales. En este contexto, la ciudad adquiere importancia no solamente como espacio localizado del capital global, sino también como engranaje que permite la articulación, a diferente escala geográfica, de los flujos de capitales y de los procesos a estos asociados. Por esta razón, el control de la producción social del espacio urbano se vuelve un elemento central para sustentar esta nueva geografía espacial a nivel mundial. Siendo que la escala urbana permite la materialización geográfica de las relaciones sociales capitalistas (Brenner, 2000), el neoliberalismo se configura como un complejo y multifacético proyecto de transformación socio-espacial mediante el cual se pretende imponer la disciplina del mercado a todos los niveles -global, nacional y local- de las relaciones sociales. Definimos como urbanismo neoliberal el modelo de desarrollo urbano adaptado a las demandas de la economía global donde el Estado, mediante la promoción de nuevas formas de gobierno local, garantiza las condiciones legales, políticas y económicas idóneas a favorecer su plena realización (Harvey, 2005).

Brenner y Theodore (2002: 4) utilizan el concepto de “destrucción creativa” para indicar el carácter “geográficamente irregular, socialmente regresivo y políticamente volátil de las trayectorias de transformación institucional/espacial” que se han cristalizado en los proyectos de reestructuración urbana de sello neoliberal. Estos procesos, perpetrados a escala mundial, transforman a las ciudades en incubadoras de las principales estrategias políticas e ideológicas mediante las cuales se mantiene el dominio del proyecto neoliberal a nivel global (Smith, 2004). En un artículo publicado en la *New Left Review*, David Harvey (2008) examina la conexión que se establece entre la

lógica del capital y los procesos de urbanización. El autor sostiene que “la urbanización ha desempeñado un papel particularmente activo [...] a la hora de absorber el producto excedente que los capitalistas producen perpetuamente en su búsqueda de beneficios” (Harvey, 2008: 25). Las grandes intervenciones de reestructuración urbana, asociadas con la producción inmobiliaria, ambas impulsadas por la liberalización del mercado del suelo, representan los principales mecanismos mediante los cuales las ciudades garantizan la absorción del excedente capital. Para facilitar la plena realización de estos mecanismos, cimientos del modelo del urbanismo neoliberal, se han creado “nuevos sistemas de *governance* que integran los intereses del Estado y de las empresas, y que, mediante el uso del poder del dinero, han asegurado que la utilización del excedente a través de la administración pública favorezca al capital corporativo y a las clases dominantes a la hora de conformar el proceso urbano.” (Harvey, 2008: 38).

En este contexto, la ciudad adquiere centralidad a expensas del Estado y los espacios y los lugares son movilizadas como fuerzas productivas por las oportunidades que ofrecen en términos de acumulación del capital. Mientras que los gobiernos locales garantizan las condiciones legales y políticas idóneas para favorecer las demandas del capital, los planificadores y los urbanistas traducen estas demandas en prácticas de producción del espacio urbano que privilegian los intereses privados en desmedro de las necesidades de los residentes. Las ciudades se vuelven objeto de una amplia gama de experimentos combinados de políticas neoliberales que van desde el marketing del lugar, la creación de distritos empresariales y de corporaciones para el desarrollo urbano, la *partnership* público-privada, las acciones especulativas financieras e inmobiliarias, la adopción de estrategias de control social.

Los promotores comerciales e inmobiliarios han ido generando un paisaje urbano y comercial más en consonancia con sus propias necesidades de expansión y mantenimiento de competitividad que con las necesidades reales de la ciudad y de sus habitantes (Borja, 2003). Para ser económicamente atractivas, las ciudades promueven extravagantes programas de recalificación urbana donde la estética prima sobre el contenido. El espacio urbano se fragmenta, mientras la población

se concentra y se dispersa en función de su capacidad económica siguiendo una doble dinámica de segregación y privatización. Se reconstruyen centros históricos evocativos pero cosmopolitas, crecen las grandes superficies -centros comerciales, *outlets*, parques temáticos-, las infraestructuras de estética global, los barrios residenciales cerrados y la inmensa periferia de bloques anónimos de viviendas. El espacio público se normaliza, se privatiza y se somete a constante vigilancia.

Con la intensificación de los procesos de especialización funcional de los micro espacios urbanos¹ aumenta el control sobre todos los ámbitos de la vida cotidiana al mismo tiempo que, el orden simbólico que deriva de la yuxtaposición de espacios urbanos fragmentados produce un defecto de significado como consecuencia del exceso de significante (Ibañez, 1994). Tenemos aquí dos de las principales paradojas del urbanismo neoliberal. Por un lado, en la ciudad de la utopía del libre mercado crece el control policial del espacio y con ello de la vida social. Por otro lado, en el afán por diferenciarse, las ciudades tienden a asumir fisonomías clónicas que las vuelven cada día más efímeras y semejantes (Muxí, 2004). La competitividad mediante la distinción, lleva a la no-competitividad mediante la banalización (Borja, 2005).

Bajo estas condiciones, los ideales de identidad urbana, ciudadanía y pertenencia resultan mucho más difíciles de sostener. Este modelo de producción del espacio urbano, de apropiación de los lugares de vida y de sus significados amenaza la capacidad de identificación personal y cultural perjudicando drásticamente la vida urbana y la reproducción de las múltiples identidades que la componen. En esta ciudad contemporánea, que evoca cada vez más la famosa imagen de la "*ironcage*"² de Max Weber (1989 [1904]), pero donde la racionalidad del Estado es suplantada por la disciplina del mercado, la negación de la libertad de "cambiarnos a nosotros mismos cambiando la ciudad" (Harvey, 2008: 23) engendra contramedidas estratégicas mediante las cuales grupos de ciudadanos

¹ Estas prácticas se inscriben en el concepto de "biopolítica" propuesto por Foucault (1991), como intervención del poder sobre el cuerpo, la salud, las formas de alimentarse, y alojarse, las condiciones de vida y sobre todo el espacio cotidiano.

² En su obra "*La ética protestante y el espíritu del capitalismo*" (1989 [1904]), Max Weber retrae a la sociedad moderna confinada en la jaula de la burocratización de las instituciones racionales del Occidente. Producto del despliegue de esta racionalidad surgen instituciones sociales que, pese a ser extraordinariamente eficientes, constituyen una amenaza creciente para la libertad de los individuos.

organizados intentan remodelar la ciudad, descompuesta por políticas económicas mayores, de acuerdo a unas imágenes, a unas formas y a unos contenidos más acordes con su experiencia de vida.

2. Erosión y reconquista del espacio público.

En la ciudad neoliberal, la injerencia de los poderes del capital no se limita a la producción del espacio sino que se desborda hasta entrar en el imaginario urbano, forjando patrones de construcción, fruición y consumo de lo local y creando aquel sentimiento del lugar que está en la base de los procesos de identificación colectiva. En la ciudad contemporánea “las imágenes del escenario urbano repiten el imaginario del mercado y el mercado es, prácticamente, el único que tiene la potencia de decidir cómo debe verse lo que la ciudad muestra” (Sarlo, 1997: 50).

Entre los múltiples repertorios de significados que el modelo urbanístico neoliberal está tratando de negociar en su favor, los significados asociados a los lugares de vida adquieren particular relevancia en cuanto favorecen el control social y con ello las condiciones para su reproducción. En este contexto, el control del espacio público adquiere particular relevancia. Mediante una capilar estrategia de privatización, homogeneización, mercantilización y vigilancia del espacio público, los valores sociales y políticos de quienes detentan el poder son constantemente reproducidos (Amín, 2008).

Pero, así como el poder y la ideología que lo sustenta se vuelven omnipresentes en la forma y en la estructura del espacio público, es aquí donde se materializan las contradicciones implícitas en el modelo y es aquí donde emergen prevalentemente los conflictos sobre el espacio y su significado. La trama urbana lleva inscrito el espacio y el contra-espacio, el poder y la resistencia al poder, por lo que para abordar la “Gestalt del espacio” (Swingedouw, 1997) hay que considerar tanto las dinámicas de espacialización del capital, así como los proyectos de negociación y defensa del lugar. Siendo que la idea de democracia es inseparable de la de espacio público (Henaff y Strong, 2001), es aquí donde asistimos a la expresión de nuevas ideas y contenidos colectivos que desafían la

noción convencional y codificada de una esfera pública que se pretende vaciada de su contenido político.

A las estrategias capitalistas de producción del espacio urbano se contraponen estrategias subalternas de localización enfocadas a la defensa del nexo entre lugar, identidad y política. También en los contextos donde se encuentra más amenazado, el vínculo con el lugar persiste estimulando la lucha para la defensa de las prácticas de vida y del compromiso institucional de los cuales el capital quiere desvincular el lugar (Hudson, 2001). En contra de las políticas de espacialización del capital, surgen, a nivel mundial, grupos y movimientos sociales para los cuales la reapropiación del lugar y de su proceso de construcción se vuelven parte central de su agenda política radical. En la visión de estos grupos, el espacio público, lugar por antonomasia donde se forja y se despliega la vida pública de la comunidad urbana, es interpretado como oportunidad para desestabilizar el orden impuesto, articulando desde allí el proyecto crítico de la modernidad.

En este contexto, el espacio público se configura como el lugar donde se imponen y se naturalizan las categorizaciones que responden a una determinada ideología, pero también como el escenario donde los individuos y los grupos resisten a determinadas categorizaciones, ensayando nuevos repertorios de significados, reformulando los marcos de la dimensión colectiva y política de la ciudad contemporánea.

De acuerdo a esta perspectiva, el poder del espacio público descansa no tan solo en su capacidad de manifestar los marcos de significados que estructuran la vida urbana, sino también en su connotación conflictual como sustrato y objeto de reivindicación y/o apropiación por parte de actores sociales que reivindican su valor colectivo. La experiencia del lugar, su pérdida o la aspiración a ella pueden estimular acciones reivindicativas dando vida a complejos procesos sociales. Pese a que la ciudad ha sido siempre un espacio de contestación, en las últimas décadas estos procesos han experimentado intensidades y formas distintas. En definitiva, el reconocimiento de que el tipo de beneficio que deriva del vivir en un lugar es

determinado, en larga medida, por el carácter del proyecto político que está en la base de su producción, puede producir dinámicas de conflicto.

Con respecto a la dimensión conflictual del espacio urbano, James Holston (1995: 39) identifica el surgimiento de “espacios de ciudadanía insurgente”, donde con el atributo insurgente enfatiza “la oposición entre los espacios de ciudadanía y los espacios modernistas que al día de hoy dominan físicamente la mayoría de las ciudades”. Según el autor, lo que se pretende mediante la planificación urbana de matriz modernista es imprimir en el espacio el principio de un nuevo orden social, capaz de incidir en las futuras formas de habitabilidad y de sociabilidad. La oposición a estos procesos planificados de expansión y erosión de la vida urbana produce nuevos imaginarios urbanos que operan como fuente de legitimación de la participación política para subvertir el orden impuesto. Se crean así espacios de ciudadanía insurgente en tanto que “introducen en la ciudad nuevas identidades y prácticas que disturbán las historias establecidas” (Holston, 1995: 48). En este contexto, la ciudad no cumple la mera función de contendedor de estos procesos sino que se vuelve parte integrante de los mismos, determinando las nuevas identidades emergentes y su organización social.

La ciudad se transforma, de tal manera, en el texto y en el contexto de nuevos debates sobre la relación entre espacio, forma de vida e identidades colectivas. En la medida en que estos debates asumen una expresión material, focalizándose en espacios concretos, pueden desembocar en acciones de disenso, alimentando el conflicto. SethaLow (1999) nos proporciona una sugestiva metáfora para abordar el análisis de los procesos de espacialización del conflicto y de la resistencia con relación al control de determinados espacios urbanos. La imagen de la “ciudad contestada” se compone de aquellas experiencias de lucha y resistencia urbana que pese a estar localizadas en un lugar preciso revelan valores sociales y políticos más amplios. Low y Lawrence-Zúñiga (2003: 18) utilizan la noción de “espacios contestados” para designar aquellas “localizaciones geográficas en las que han surgido conflictos en forma de oposición, confrontación, subversión y/o resistencia por parte de actores cuya posición social es definida en base a un acceso diferencial a los recursos y al poder. [...] En este sentido, los espacios contestados ofrecen una expresión material y actúan

como *loci* de los procesos de creación, promoción, disputa y negociación de los valores culturales dominantes que encuentran expresión en una miríada de aspectos de la vida social”

Los espacios son contestados, precisamente, porque concretizan el marco ideológico y social que estructura la práctica. La capacidad de síntesis de los valores sociales es el atributo que determina el potencial conflictivo de un determinado espacio. De hecho, no todos los espacios se prestan a ser contestados. Según Kuper (2003), en el marco de las dinámicas conflictivas el poder de un lugar descansa en su capacidad de operar como un símbolo, condensando y transmitiendo los valores de los actores sociales que entran en conflicto. Para que un espacio cumpla la función de símbolo en la dramatización politizada de lo urbano tiene que favorecer la lectura de la conexión conflictiva entre la estructura social y la experiencia del lugar. Es decir, tiene que visibilizar, en clave simbólica, las relaciones sociales y los valores que lo atraviesan y que contribuye a reproducir. De aquí que el espacio público es crecientemente interpretado como lugar donde la reivindicación de valores colectivos puede tener una incidencia efectiva sobre la política urbana.

3. Acciones de resistencia urbana.

En las páginas que siguen se presentan algunas reflexiones sobre las acciones emprendidas por grupos de ciudadanos que se han movilizad en defensa de determinados espacios en tres distintos contextos urbanos a lo largo de la última década³. El primero de nuestros casos, conocido como el Huerto del Rey Moro, se ubica en el sector noreste del casco histórico de Sevilla. Se trata de un solar de 5500 m², cuyo carácter híbrido—como espacio en desuso, protegido por una declaratoria patrimonial y, no obstante ello, parcialmente destinado a la promoción inmobiliaria—ha dado pie para el despliegue de un interesante proceso de movilización ciudadana con relación a la definición de su uso y destino final.

³Los casos de estudio que se presentan a continuación se inscriben en el proyecto de investigación doctoral de la autora, cuyo título es: “*La ciudad contestada: procesos de movilización en ciudades intermedias*”.

El segundo caso al que haremos referencia corresponde al proceso de movilización social surgido, a partir del año 2000, a raíz de la iniciativa de recuperación y reconversión del antiguo instituto penitenciario de Valparaíso, en el litoral central de Chile. El complejo arquitectónico denominado Ex Cárcel, con una extensión de 2,2 has., se encuentra próximo al área patrimonial y a la zona comercial de la ciudad de Valparaíso, características que, junto con su considerable extensión, han convertido al solar en cuestión en un espacio muy codiciado por los intereses inmobiliarios, por la innovación urbanística así como por los ciudadanos en virtud de las oportunidades que puede ofrecer para usos sociales al ser habilitado como espacio público. De allí que el cruce entre los múltiples intereses y las distintas intencionalidades de los actores involucrados ha derivado en una disputa económica, política y simbólica que, pasando por distintas etapas a lo largo de un periodo de diez años, ha dado vida a un importante proyecto para la ciudad de Valparaíso, transformando a la Ex Cárcel en un caso emblemático, tanto a nivel local como nacional, de movilización social urbana.

Por último, el caso del ex Mercado de la Bolognina, solar de aproximadamente 30 has. ubicado en la primera periferia del casco histórico de la ciudad de Bolonia que, hasta la mitad de los años noventa, albergó el mercado hortofrutícola de la ciudad. En respuesta a las iniciativas ciudadanas que surgieron en oposición a los proyectos de recalificación del área, nace, a principio de 2004, un novedoso experimento de planificación participativa, el denominado *Laboratorio Mercato*, que si bien es promovido y dirigido por la Administración pública, su origen, así como su éxito final, que de alguna manera excede los márgenes mismos en los cuales la administración pretendía encauzar el proceso participativo, se debe a la presencia de un tejido social activo que ha sabido oponerse a la imposición de proyectos urbanísticos que atentaban contra la integración del ex mercado en la trama urbana y social del barrio.

Salvaguardando la especificidad de cada caso y de los contextos urbanos en los cuales se insertan, podemos reconducir los procesos analizados en el marco de las acciones ciudadanas que se oponen a proyectos privados y públicos con fuerte impacto sobre la ciudad y a los procesos de transformación basados

exclusivamente en la puesta en valor de sus espacios. En las demandas de estos grupos de ciudadanos organizados, que pueden adoptar la estructura del comité, de la asamblea o del movimiento, aunque de manera no definitiva ni permanente, el espacio público es reivindicado por su dimensión sociocultural, como lugar de identificación, de contacto y relación entre los individuos y como laboratorio para la construcción participativa de espacios de socialización alternativos a los espacios de ocio y recreación impuestos por las lógicas de la planificación urbana.

La transformación de estos espacios temporalmente abandonados -un ex huerto, una ex cárcel y un ex mercado- en “espacios públicos insurgentes” (Hou, 2010) renueva la dimensión práctica y discursiva del espacio urbano, desafiando las formas y los significados convencionales. En este sentido, el carácter mismo del espacio opera como incubadora de proyectos de resistencia, regenerando el compromiso del habitante con el espacio urbano y resultando funcional para el resurgimiento de la dimensión colectiva y comunitaria en la ciudad contemporánea.

Estas agrupaciones, que reivindican el derecho a remodelar la ciudad en base a las necesidades de sus habitantes, introducen y legitiman nuevas prácticas que no están orientadas a la obtención directa de beneficios materiales, ni a solventar necesidades básicas, cuanto a la posibilidad de disponer de espacios de autorrealización personal y colectiva. En la ciudad, en sus espacios, las personas encuentran la motivación para emprender acciones colectivas que restituyen a lo urbano aquella función política y social mermada por las lógicas socio-espaciales orientadas al mercado y al consumo.

En la interpretación de estos grupos la propia configuración de la ciudad, como espacio donde las relaciones humanas se condensan y las identidades se fragmentan, donde los poderes y las desigualdades se vuelven patentes, es percibida como un elemento que puede fomentar actitudes de resistencia. De acuerdo a esta interpretación, no se puede vivir en la ciudad de manera neutral, porque habitar la ciudad es hacer política, tanto que se sucumba a la imposición de determinados esquemas de poder como que se trate de resistirlos.

De aquí que transgredir el orden inscrito en el espacio urbano implica la voluntad de imprimir en él nuevos significados, incidiendo en el tipo de relaciones sociales y en las identidades colectivas que las sustentan. La operación primaria de transgredir sirve para poner de manifiesto la oposición a los mecanismos de control social impuestos a través de la regulación del espacio urbano. Al consumidor obediente del espacio urbano se contraponen el productor de un espacio colectivo, como espacio apropiado y significado. El espacio público, en este sentido, es interpretado como el último reducto para contrarrestar los valores hegemónicos y emprender proyectos alternativos, lo que lo transforma en el foco estratégico de los movimientos urbanos de carácter reivindicativo.

Interviniendo en la ciudad, transformando o apropiándose de sus espacios, las personas emprenden nuevos ejercicios de política más allá del marco del Estado y de los partidos políticos. En este sentido, en la existencia de este tipo de movilización colectiva encontramos rastros de lo que Ricoeur (1990) define como “paradoja de la política” y que remite al desequilibrio entre la estructura vertical del poder, enmarcada en la escenografía institucional, y una amplia esfera pública horizontal que al perder confianza en la autoridad de los gobernantes se fragmenta en una pluralidad de reivindicaciones. Estos procesos de movilización urbana contribuyen a manifestar el difícil equilibrio entre continuidad y transformación. Volviendo más evidentes las contradicciones que impregnan el sistema de producción de la ciudad neoliberal restan legitimidad al proyecto hegemónico de la ciudad contemporánea que se pretende incuestionable. Devolviendo legitimidad a la experiencia, ensayando contra-ejercicios de producción de la ciudad y de sus lugares, estas acciones de movilización urbana restablecen valores como la participación, la autogestión, la creatividad y el compromiso social, lo que repercute positivamente sobre la regeneración del vínculo entre el habitante, la colectividad y el espacio urbano.

En los discursos de los sujetos activamente involucrados en los procesos de defensa y construcción de espacios contestados, la ciudad es interpretada como el espacio donde recomponer el sentimiento de pertenencia a la ciudadanía, donde volver a apasionarse y reaprender a compartir con la gente. En la ciudad y en sus espacios, los sujetos se encuentran, se enredan, se traban y construyen redes de

relaciones con otros sujetos basadas en la confianza, en la energía emocional y en la puesta en común de problemas y aspiraciones, creando lazos de confianza que alimentan el compromiso político y la relación personal, y alcanzando así la construcción del 'nosotros'.

Sustrayendo espacios urbanos al control de los esquemas de producción vertical de la ciudad, estas agrupaciones y movimientos ponen en marcha procesos de re-territorialización urbana basados en la creación -discursiva, imaginativa y física- de nuevos espacios. En este sentido, la dimensión local y el lugar son investidos de todo su potencial político en cuanto, como sostiene un activista, *"lo cercano, por como lo veo yo, es la única forma que tenemos por no perder la perspectiva de quienes somos."*

Aunque no exista por parte de estos grupos la voluntad explícita de extender sus reivindicaciones a espacios mayores, el valor político de estos procesos queda inscrito en el espacio, en la estrategia que está en la base de su defensa y construcción y en la imagen pública que condensa estos valores. Estos espacios de carácter híbrido, abierto y procesual, basados en la negociación constante de su significado, adquieren la fuerza del mensaje atestiguando la disconformidad, en cuanto a forma y contenido, con un paisaje urbano estereotipado. Son espacios que permiten captar, aunque de manera fugaz, la fragilidad del proyecto urbano contemporáneo.

Pese a que el alcance limitado de estas acciones de resistencia no logra producir una transformación más profunda de la política urbana, su capacidad de infiltrarse en los intersticios del sistema deja en evidencia que no se trata de estructuras infranqueables. Las ciudades contemporáneas se vuelven escenario de manifestaciones que, pese a estar muy localizadas, operan a diferente escala desafiando la regulación, la homogeneización y tercerización del espacio urbano. Es en este sentido que los espacios contestados operan como laboratorios para un novedoso ejercicio político de la ciudadanía, al mismo tiempo que en ellos se forjan nuevas identidades y prácticas urbanas que contrastan con la cultura dominante.

4. La política de los lugares.

Resistiendo contra la regulación hegemónica del espacio en la ciudad contemporánea, estos ejercicios de construcción colectiva del espacio urbano activan discursos y prácticas que contestan los contenidos del modelo urbano neoliberal. En la acción de estos grupos, el espacio, lo local, no representa un fin en sí mismo, sino que se transforma en un expediente mediante el cual se pretende hacer patente el mecanismo de explotación económica de los recursos urbanos y la incompatibilidad del modelo de desarrollo adoptado por los gobiernos locales con las estructuras existentes, urbana y social. A tal propósito sostiene un activista del proceso de movilización de la Ex Cárcel de Valparaíso: *“Como personas no es que tengamos problemas locales, tenemos conciencia global pero actuamos localmente porque es donde podemos cambiar algo. En este sentido, la ciudad como lugar común se transforma en nuestro objetivo.”*

En un contexto urbano dominado por la economía, donde los problemas se difuminan y se multiplican volviendo más difusa la atribución de su responsabilidad, la dimensión local es investida de un nuevo valor político. Es aquí donde, al materializarse los efectos del modelo político-económico que se ha impuesto a nivel global, la reapropiación de lo local es interpretada como una manera efectiva y alcanzable para desestabilizar el poder y el orden impuesto, así como *“para no perder de vista el sentido de quienes somos”*. En la defensa de lo local, por lo tanto, se solapan aspiraciones de orden político así como personales y colectivas, que remiten al potencial del lugar para la construcción de un orden social distinto y alternativo. Para que se activen estos procesos de reivindicación, negociación y apropiación de determinados espacios urbanos y de sus significados deben existir, por lo tanto, sujetos en condiciones de desplegar esta hermenéutica de la cuestión urbana. Un espacio es contestado solamente si existe la capacidad de reconducir los marcos de significados que subyacen a su estructura y a su contenido a la ideología que los produce. Comprender que el espacio no es un producto neutral ni natural, sino que responde a la naturalización de categorizaciones ideológicas específicas, es condición para la materialización de esta epifanía. Mediante la interpretación del texto urbano, la ciudad es transformada en el contexto de acciones colectivas de disenso.

Pese a que la orientación local y particular de estas agrupaciones urbanas ha sido interpretada, en comparación con los grandes movimientos del pasado, como un factor de debilidad (Castells, 2004; Harvey, 2007), la acción que despliegan debe ser considerada como una nueva forma de participación en la política global desde la dimensión local que, pese a su fragmentación, no es ni exigua ni precaria. Es en este sentido que sostenemos que estas acciones espacialmente localizadas lejos de reflejar un abandono de la política atestiguan más bien su ampliación. Nos parece que la evidencia producida demuestra que este tipo de reivindicación localizada opera contemporáneamente como un dispositivo para buscar la inclusión de determinados grupos en la sociedad, sin sucumbir a la imposición de referentes culturales sino más bien construyéndolos autónomamente, así como para reconfigurar la sociedad desde dentro procurando que todas las visiones tengan lugar en ella. En este contexto, si bien es cierto que la estrategia de estos grupos está abocada principalmente a la protección del espacio antes que a la conquista del tiempo, su existencia marca un nuevo tiempo para la ciudad y para la producción y gestión del espacio urbano.

En las luchas de estas agrupaciones urbanas, el espacio es defendido y reivindicado como sustrato de nuevas comunidades sociales y políticas que demandan el reconocimiento de su derecho a cambiar la ciudad, cambiándose a ellas mismas. Contra la homogeneización del comportamiento colectivo y de los estilos de consumo, contra el lobby de políticos y empresarios, contra los programas de participación asistida que las repúblicas plutocráticas ponen en marcha como medidas compensatorias frente a la negación de un ejercicio democrático efectivo, estas agrupaciones conquistan una parte del espacio urbano para manifestar la ruptura del presunto pacto de legitimidad entre el Estado y la sociedad civil.

A modo de conclusión

Definimos como imaginación del lugar aquella facultad humana que emerge cuando el espacio urbano no está demasiado constreñido por la estructura arquitectónica y la definición administrativa, que permite ver un lugar donde todavía no existe y que anima a construirlo a partir de la sustracción de

determinados espacios a la lógica de la planificación y de la especulación urbana. Opera en la ciudad contemporánea como dispositivo de la acción política y sustrato de pautas culturales alternativas.

Sin embargo, para que los proyectos locales basados en un ejercicio creativo de la ciudadanía no terminen siendo lugares de atrincheramiento, contruidos y mantenidos contra la voluntad institucional y aislados del resto de la sociedad, la sociedad en su conjunto debe asumir la responsabilidad de legitimar estos procesos de producción del espacio urbano. Esto implica, por un lado, que los gobiernos locales incorporen a la ciudadanía como actor relevante de la planificación urbana y, por otro, que los mismos ciudadanos vuelvan a aprender a ser artífices del propio espacio rescatando aquella facultad del habitar urbano que la malla del control burocrático ha entorpecido. Somos conscientes de que se trata de procesos de reconocimiento recíproco, basados en ciclos largos y tiempos dilatados. También en este sentido, la política de los lugares representa un desafío a la dimensión temporal del presente urbano.

Contra el monumentalismo y la grandilocuencia arquitectónica imperante, políticos y planificadores deberían entender que los lugares donde se forja la vida social detentan una alta potencialidad en términos de legitimidad política y social. La conciencia del lugar, por lo tanto, puede ser un recurso efectivo, no solamente para la planificación urbana, sino también para la construcción de espacios de representatividad política y social efectiva.

Bibliografía

- Amin, A. (2008) "Collective culture and urban public space", en *City*, vol. 12:1, pp. 5-24.
- Borja, J. (2003) *La ciudad conquistada*, Alianza Editorial: Madrid.
- Borja, J. (2005) "Revolución y contrarrevolución en la ciudad global", en *Biblio 3W*, Vol. X, n. 578. [En línea] <<http://www.ub.es/geocrit/b3w-578.htm>>. Consultado el 22.02.2009.

- Brenner, N. (2000) "The urban question as a scale question: reflection on Henry Lefebvre, Urban Theory and the politics of scale", en *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 24:2, pp. 361- 378.
- Brenner, N. y Theodore N. (Eds.) (2002) *Spaces of Neoliberalism: Urban Restructuring in North America and Western Europe*, Blackwell Publishers: Oxford.
- Castells, M. (2004) *The power of identity*, Oxford University Press: Oxford.
- Foucault, M. (1991) *Microfísica del poder*, La Piqueta: Madrid.
- Harvey, D. (2005) *A brief history of neoliberalism*, Oxford University Press: Oxford.
- Harvey, D. (2007) *Espacio del capital*, Akal: Madrid.
- Harvey, D. (2008) "The right to the city", en *New Left Review*, n. 53, pp. 23-40.
- Henaff, M. y Strong, T. B. (Eds.) (2001) *Public space and democracy*, Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Holston, J. (1995) "Spaces of insurgent citizenship", en *Planning Theory*, 13, pp. 35-51.
- Hou J., (Ed.) (2010) *Insurgent public space. Guerrilla Urbanism and the remaking of contemporary cities*, Routledge: London.
- Hudson, R. (2001) *Producing places*, Guilford Press: New York.
- Ibañez, J. (1994) *Por una sociología de la vida cotidiana*, Siglo XXI: Madrid.
- Kuper, H. (2003) "The language of sites in the politics of scale", en Low, S. y Lawrence-Zúñiga, D. (Eds.) *The anthropology of space and place: locating culture*, Blackwell Publishing: Malden, MA, pp. 247-263.
- Low, S. (1999) "Introduction: Theorizing the city", en Low, S. (Ed.) *Theorizing the city*, Rutgers University Press: London, pp. 1-36.
- Low, S. y Lawrence-Zúñiga, D. (2003) "Locating culture", en Low, S. y Lawrence-Zúñiga, D. (Eds.) *The anthropology of space and place: locating culture*, Blackwell Publishing: Malden, MA, pp. 1-48.
- Muxí, Z. (2004) *La arquitectura de la ciudad global*, Gustavo Gili: Barcelona.
- Ricoeur, P. (1990) *Historia y verdad*, Encuentro Ediciones: Madrid.
- Sarlo, B. (1997) *Instantáneas. Medios, ciudad y costumbres en el fin de siglo*, Ariel: Buenos Aires.

- Smith, N. (2004) "New Globalism, New Urbanism: Gentrification as a Global Urban Strategy", en Brenner, N. y Theodore, N. (eds.), *Spaces of Neoliberalism. Restructuring in North America and Western Europe*, Blackwell: Oxford, pp. 80-103.
- Swyngedouw, E. (1997) "Neither global nor local: Glocalisation and the politics of scale", en Cox, K. (ed.), *Spaces of globalisation: Reasserting the power of the local*, Guilford Press: New York, pp. 137-166.
- Weber, M. (1989 [1904]) *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Península: Barcelona.